

Literatura

Un libro
es un
suicidio
diferido

Libros para repensar el suicidio

MARC CAELLAS

Como un tema tan privado e individual como la decisión de quitarse la vida genera tantos miedos y supersticiones es uno de los interrogantes de partida de muchos libros que he leído sobre el suicidio. Mi favorito es 'Apuntes sobre el suicidio' (Alpha Decay, 2015).

¿Por qué se ve el suicidio como un acto ilegal, inmoral o irreligioso?, se pregunta su autor, el filósofo Simon Critchley recordándonos que la práctica de la filosofía comenzó con un suicidio, el de Sócrates. Filosofar es aprender a morir, sostiene Sócrates en el Fedón.

Más de veinte siglos más tarde nuestra primera impresión oscila entre pensar que el suicida fue un necio, un egoísta y/o un irresponsable. O concluimos que el acto se debió a factores que escapaban a su control, como una depresión grave por ejemplo.

Es decir: si el suicida decide actuar libremente quitándose la vida, lo condenamos de manera implícita. Pero si declaramos que su acto le fue impuesto por factores de conducta incontrolables como la depresión, le despojamos de su libertad.

Es PRECISO comprender el suicidio

Es IMPERATIVO entablar una discusión más madura, compasiva y reflexiva sobre el suicidio.

A menudo es la RABIA la que domina el debate. Los familiares o amigos del suicida se indignan al querer hablar sobre el suicidio.

Pero debemos ATREVERNOS. Tenemos que HABLAR.

O nos quedamos sin palabras,
O estamos inusualmente locuaces,
O sentimos una insaciable curiosidad por los detalles desagradables, íntimos o sucios.

Y HUSMEAMOS en sus últimos segundos de vida.

O no nos atrevemos a mirar porque la perspectiva resulta demasiado aterradora, y nos tapamos la cara con los dedos, como en una PELI DE TERROR.

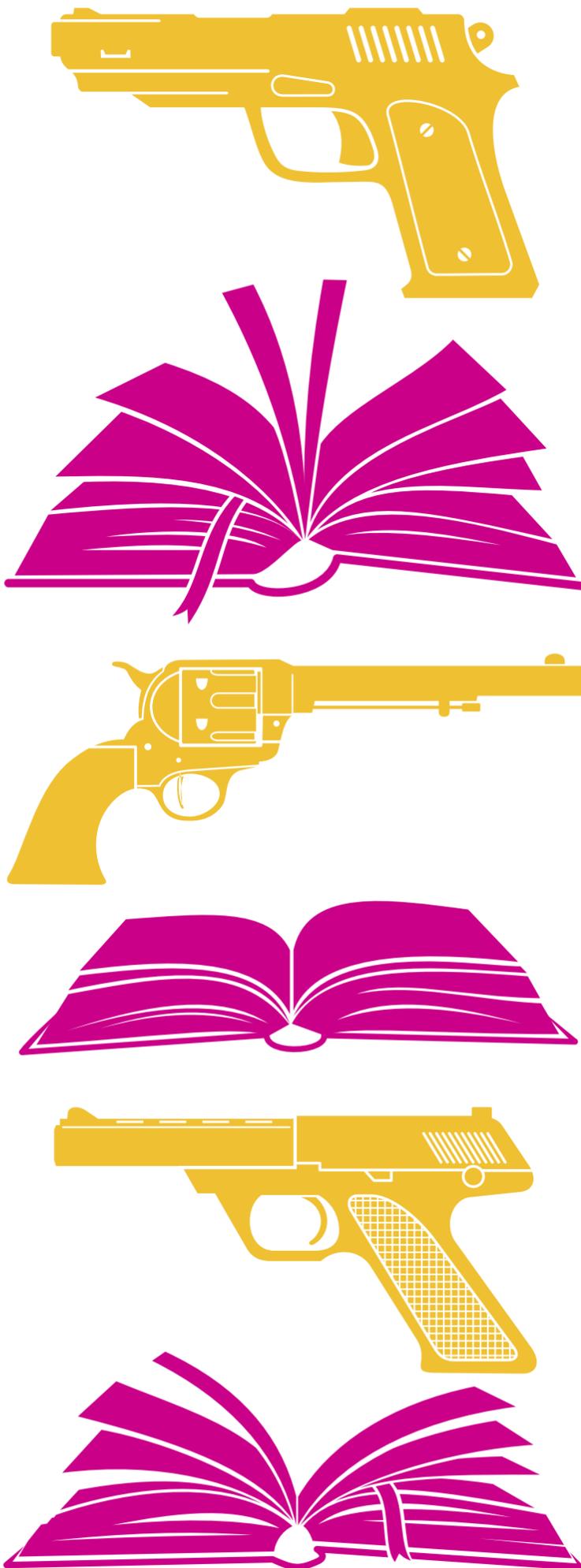
Critchley se atrevió a montar una sesión de escritura creativa sobre notas de suicida. Se dio cuenta que la mayoría de ellas eran optimistas. No son tristes la mayoría de las notas de suicidio. Siempre te diriges a alguien en una nota de suicidio. Afirma Critchley que las notas de suicidio son un intento de entablar una comunicación. Son una postrera y normalmente desesperada tentativa de comunicarse, una comunicación final. También son tentativas fallidas en el sentido de que el escritor está comunicando el fracaso de comunicarse mientras expresa el deseo de rendirse en un último intento de expresarse. El suicida no quiere morir solo, sino en compañía de una o más personas, a quienes la nota va dirigida.

Del suicidio también se puede escribir con humor negro, negrísimo. El escritor suizo Helmut Burger construye su 'Tractatus Logicu-Suicidalis' (Pre-textos, 2017) siguiendo la estela de Wittgenstein y como una crítica implacable a nuestro optimismo y defensa de la vida.

Sus «mortologismos», que es como llama a los 1046 aforismos que componen el libro, nos enredan en una serie de reflexiones que terminan con una provocadora conclusión: «quien no está en condiciones de acabar con todo de un momento a otro es un exhibicionista vital». Algunos ejemplos:

281. Cuando los parientes de un difunto y sus allegados se enteran de que ha habido un suicidio en su entorno más próximo, lo primero que quieren saber es: ¿cómo?

285. La preocupación por el modo de morir que mejor se ajus-



te a esa persona tiene una importancia semejante a preguntarse qué deberíamos llevar en el funeral: pajarita o corbata.

288. La muerte lo deja a uno sin habla; el suicidio, sin aliento.

384. Sólo hay dos grandes temas en el arte: el amor y la muerte. Los temas secundarios son la pérdida del amor y la enfermedad. El tema por excelencia sería el amor a la muerte. El único capaz de sentirlo es el suicida versado en mortología. En el caso del ahorcado, se vuelve antes un fetichista de la cuerda.

434. Enfermo psíquico = arte abstracto

628. Las cartas de despedida son la coartada poética -porque una carta, por naturaleza, es poética- para los parientes del difunto: proporcionan el "porqué" o el "para qué".

752. Como sucede con el actor, en la fantasía del suicida desempeña un papel importante la siguiente cuestión: qué impresión causaré en los otros cuando esté muerto. Al suicida le gustaría susstraerse aparentemente de la sociedad a fin de averiguarlo.

En 'Saturno' (Jekyll & Jill), un narrador llamado Eduardo Halfon le cuenta a un padre intolerante y arisco que muchas veces pensó en suicidarse, pero que aún no lo hizo. Mientras repasa una vida de incomunicación entre padre e hijo, mientras escribe palabras con forma de piedras con las que golpear un muro de incompreensión, recuerda algunas notas de suicidio de escritores a los que admira.

Entre ellas, la del poeta y antropólogo R.H. Barlow, que la dejó escrita en pictogramas mayas:

No me molesten, quiero dormir largo rato.

Entre ellas, la de la poeta Alejandra Pizarnik, escrita con yeso en la pizarra:

No quiero ir nada más que hasta el fondo.

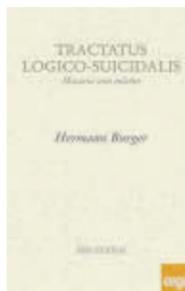
La nota de suicidio del gran artista francés Eduard Levé fue un libro: 'Suicidio' (Eterna Cadencia). El libro es una carta de amor. Después de una segunda lectura aún no tengo claro a quién va dirigida. Escrita en segunda persona, pareciera que el destinatario fuera ese hombre anónimo de 25 años. Pero también podría ser que fuera una carta de amor del autor al autor, de una versión más vieja a una versión más joven de sí mismo. Estaríamos hablando entonces de una especie de bucle narcicista. Para Simon Critchley "Les guste o no, Levé se ha embarcado en un acto de creación absurda, una experiencia del suicidio que sobrevivirá largamente a la muerte al haberla transformado en arte. Por perverso que parezca, lo mismo cabría decir de las notas de suicidio: al marcar y explicar la decisión de abandonar la vida, la sobreviven de manera infinita".

Lecturas



“Apuntes sobre el suicidio”

Simon Critchley
Alpha Decay, 2015



“Tractatus Logico-Suicidalis”

Helmut Burger
Pre-textos, 2017



“Saturno”

Eduardo Halfon
Jekill & Jill



“Suicidio”

Eduard Levé
Eterna Cadencia.

Novela



Antigua imagen de Buenos Aires de noche, escenario de muchos de sus relatos. FOTO:PUBLICDOMAINPICTURES.NET

In media res

La autora ha sido galardonada con el Premio Carvalho en el festival BCNegra de este año

Título: “Quién no”

Autora: Claudia Piñeiro
Editorial: Alfaguara
Precio: 18,89 €

ANA PUNSET

Claudia Piñeiro publica su primer libro de relatos, dieciséis textos escritos a lo largo de su carrera, en los que da buena cuenta de ella.

Mediante una prosa delicada, quizá por el suave acento que caracteriza al habla argentina y que parece abarcarlo todo, la autora trata los temas a los que tiene acostumbrados a los lectores y que la han erigido como la voz de muchos: las relaciones familiares, los secretos, otros de cariz social como la educación o el aborto. La violencia palpita bajo la fina piel de estas historias, una violencia nada delicada y que contrasta a menudo con ese lenguaje que sí lo es.

Cada relato empieza en medio de algo, introduce un buen puñado de detalles que definen al personaje, tanto su trayectoria como su contexto actual, y después aparece el conflicto al que debe enfrentarse, y cuya resolución queda muchas veces en el aire, con pun-

tos suspensivos. La gestión de la intriga está milimétricamente trabajada, y se anuda irremediabilmente a la trama, que va avanzando mientras se fraguan todos los elementos que la empujan hasta el final, sin importar lo que se lleva por delante, expectativas, deseos...

El trabajo de los personajes es sublime. En unas pocas páginas, Julián, Gutiérrez, Luciana... llenan el cuadro que Piñeiro pinta con su carácter, sus manías, sus fantasmas... Todos son distintos, porque cada uno afronta los hechos que la vida le presenta a su manera, pero en todos se respira un halo de rareza, de controversia que los pone en el centro de la diana para aguantar el tiro, o romper la flecha que les acaban de lanzar. Uno no sabe cómo reaccionará en una situación determinada hasta que llega el momento y debe obligarse a actuar, cualquiera puede sorprenderse. Y a esa idea hace referencia el título del recopilatorio, “Quién no”, que aparece en uno de los relatos que lo conforman y que bien podría describirse como de terror; “Alquiler temporal”, se llama. En ese diálogo, una mujer le pregunta a su marido sobre sus vecinos, pues le parecen algo raros. Y es entonces cuando su esposo le responde “¿Quién no es un poco raro?”.

Narrativa

El fútbol como lucha de clases

El escritor, profesor de arte y comisario de exposiciones Valentín Roma plantea en su última novela un heterodoxo relato de iniciación al arte y a la política en el contexto de la España pre-Olímpica

Título: “Retrato del futbolista adolescente”

Autor: Valentín Roma
Editorial: Periférica
Precio: 17€

ALAN SALVADÓ

En el imaginario popular español, pocas cosas se asemejan más al conocido “American Dream” estadounidense que la carrera hacia el estrellato de un futbolista. En la mayoría de casos, provenientes de entornos obreros y humildes y de geografías periféricas e industriales, los futbolistas en España representan de forma muy clara la rápida ascensión social y económica; de los pisos de un barrio obrero, al lujo de mansiones y la colección de automóviles de alta gama que imbuyen a alguien con el estatuto de “celebridad”. En este trayecto ascensional de alta velocidad, el joven futbolista se enfrenta al proceso de alejarse de unos orígenes y unas ideas, abandonar una identidad de clase que, a menudo, era la que empujaba a muchos a empezar a dar las primeras patadas al balón. Este proceso de “desclasarse” está en el centro de ‘Retrato del futbolista adolescente’ de Valentín Roma que utiliza el mundo del fútbol como un pretexto para regresar a la España preolímpica que, bajo la imagen de un sueño de Internacionalidad y Progreso, inició un proceso de alejamiento de la política en las esferas populares para abrazar una progresiva desvinculación de la lucha de clases.

La novela de Roma, con referencias claras al ‘Retrato del artista adolescente’ de James Joyce, se divide en cinco partes donde el paso del joven protagonista hacia la profesionalidad del fútbol –en el seno del Atlético de Madrid (aunque no se diga explícitamente)– se combina con su iniciación en el mundo del sexo, el despertar de una conciencia artística (el escritor que escribe sin escribir), el aprendizaje de la resistencia política y la convivencia en un entorno familiar fuertemente marcado por el sindicalismo de sobremesa y el peso de una tradición vinculada a unos orígenes rurales. Y como telón de fondo de todo ello: la España socialista –convulsionada por los atentados de ETA de finales de los 80 y principios de los 90– que vivía en las calles y las fábricas los últimos coletazos de los movimientos obreros españoles antes de quedar higienizados y anestesiados por la entrada de España en la Unión Europea y el declive y desencanto del fracaso del sueño socialista de la Transición. Las fechas, sin duda, son de gran importancia, como también el hecho que la última parte termine en el presente del protagonista, con evidentes conexiones con el propio escritor, que desde su actual posición como profesor de la universidad –entre otros espacios– ha encontrado un espacio de resistencia en el que todavía cree. Un espacio desde el que evoca el pasado como futbolista –más ficticio que autobiográfico– que se desvaneció en el torrente del tiempo que como la pintura ‘La huelga’ de Robert Koehler –que fascina al futbolista adolescente– parece contener la melancolía de la resistencia.



La huelga (1866) de Robert Koehler.